

De la ética de la producción a la ética del consumo

ENVIADO POR EL EDITOR EL MIÉ, 03/26/2014 - 17:25

Bruno Maida⁺*

Prólogo

La noche del 4 de abril de 1863 se presentó en escena por primera vez, en el teatro Alfieri de Turín, la comedia de Vittorio Bersezio *Le Miserie di Monssú Travet*, historia del empleado público Ignazio Travet que aspiraba a encarnar los valores del funcionario fiel de la Italia de los Saboya (sobriedad, decoro, moderación) pero que se enfrentaba al emerger de un mundo, el del desarrollo capitalista y del crecimiento de las clases medias artesanales y comerciales, frente al cual el pequeño burócrata no pudo más que rendirse: su hija, al final de la comedia, se casó con un panadero y Travet abandonó su trabajo seguro para asociarse con un comerciante. Símbolo de una ambigüedad más que de un declive, el empleado público de Bersezio era el espejo de las angustias y contrariedades de una pequeña burguesía humanista que se movía sin dificultades entre las glorias del pasado y el duro realismo que se anunciaba. El personaje de Travet era al mismo tiempo la representación de las virtudes civiles de la Italia liberal (el deber público y el privado, la familia, el trabajo, el decoro y la dignidad) y las de una crisis y de una transformación que no incumbía solo a la burocracia y a los empleados sino a los italianos en su totalidad.

Por lo tanto a principios de la unificación italiana, la parábola del empleado del Estado saboyano parecía anunciar y preparar el recorrido de una identidad compleja, el de una "nación difícil" que, al nacer en el Resurgimiento, se basaba en una estructura socio-económica fragmentada y en una clase dirigente no orgánicas que se unieron para definir un mundo mezclado donde la fuerza de un acontecimiento victorioso, como el haber alcanzado la Unidad, se combinaba con elementos de precariedad y debilidad históricos y actuales. Ya sea que se tratara de una trayectoria incierta o bien de una "curva ondulada de cómo los italianos se sintieron una nación" (Norberto Galasso), de cualquier forma fue un recorrido más complejo que la simple idea de una eterna dualidad, de un vicio de origen o de un imperativo histórico que nos redimiera del hecho de que --como recita nuestro himno nacional y con palabras semejantes también el manzoniano coro del *Adelchi*-- "desde hace siglos somos / pisoteados, escarnecidos / porque no somos un pueblo / porque estamos divididos". Tal vez ante fracturas tan netas, para indagar la ética nacional resulta más útil la categoría del "nosotros divididos" (Remo Bodei), entendido no como símbolo de una laceración caracterizada de la identidad italiana sino como un instrumento "visual" y directivo --extraído de la pintura divisionista-- para captar las fracturas, las divisiones, las contradicciones de esa construcción específica de identidad que parcialmente compartía, por así decirlo, características universales (es decir, participantes en todas las construcciones nacionales) y partes específicas de nuestro país. Si salimos de los estereotipos --que como siempre contienen algo de verdad-- el ethos de un pueblo no se presenta como un conjunto compacto y homogéneo: el conjunto de las éticas parciales (las referentes al estado, a la iglesia, al trabajo, a la familia, etcétera) componían en realidad un cuadro estratificado, en perenne tensión y sobreposición, en algunas ocasiones en conflicto y en otras en competencia, otras más uniforme.

Una ética de la producción sin bienes de consumo

La incierta trayectoria de Ignazio Travet durante la búsqueda de su identidad y de su ciudadanía aludía a muchas de estas éticas parciales, pero sobre todo a las del trabajo y del consumo. Pero para comprender esa trayectoria en su evolución, es necesario contar con algunos rasgos de ese trabajo inicial como empleado, que durante la segunda mitad del siglo XIX se pudo definir socialmente e identificó en su conjunto, a una minoría de los trabajadores: de hecho en 1881 existían 400 mil encargados de la administración pública de los cuales 175 mil eran empleados públicos, a los que se agregaban 565 mil encargados del comercio, 380 mil encargados de los transportes y 350 mil trabajadores dependientes de los servicios de hostelería y domésticos (estos últimos constituyen la mayor parte). En su conjunto y al momento posterior a la Unidad Italiana, el sector terciario ocupaba aproximadamente 12% de la población activa, un porcentaje bajo pero que correspondía al grado de desarrollo del país. Es más, si se observaban estos datos con más detenimiento la impresión de un retraso sustancial del país era aún mayor. Ejemplar, bajo esta perspectiva, era el caso de los comerciantes al menudeo, que actuaban dentro de una economía caracterizada por una agricultura retrasada y con todas las características del subdesarrollo. Un hipertrófico comercio al menudeo, pobre y fragmentado, se unía a la persistente dificultad de circulación de las mercancías, dictada por un sistema de comunicaciones viejo y además limitado a una dimensión local o regional. Era la imagen de un mundo todavía en su mayor parte rural, donde dominaba el autoconsumo y la escasa circulación monetaria, que a las limitadas capacidades de compra agregaba la ausencia de sistemas de almacenaje y distribución capaces de garantizar intercambios continuos.

Durante el periodo de 1881 a 1901 el número de los comerciantes pasó de 436 a 488 mil, en línea con el crecimiento de la población activa. Sin embargo, más de la mitad del aumento se debía al sector alimenticio, pero aún más significativo fue el crecimiento de los ambulantes que, durante el mismo periodo más que se duplicó, de 35 mil a 72 mil en un sector en el cual el número de los encargados correspondía casi automáticamente al de la actividad. Pero en su conjunto el número de encargados por actividad no alcanzó, en el comercio, al número promedio de dos; es decir, por cada negocio se contaba al propietario y en ocasiones a un empleado que en la mayor parte de los casos era un familiar. Durante el mismo periodo, los servicios aumentaron en conjunto hasta llegar a casi 18% de la población activa. De cualquier forma fue un crecimiento semejante al del sector de la producción que pasó de 18 a 23% de la producción activa. Su composición interna mostraba un muy frágil sector de trabajadores industriales de fábrica, con una muy fuerte presencia de obreros textiles (acompañado por una escasa utilización de máquinas y por un consistente trabajo doméstico). Las pocas instalaciones metalúrgicas modernas lentamente se volvían competitivas con un sector artesano que en 1881 representaba 16% de la población activa. La separación entre artesanos y obreros no era clara ni obvia, sino que la sobreposición entre trabajo campesino, obrero y artesanal era fácilmente localizable en las zonas rurales que todavía constituían gran parte de los lugares donde los italianos vivían y trabajaban. Por otra parte los trabajadores agrícolas en 1861 representaban 70% de la población activa, un porcentaje muy alto que en el mundo occidental no tenía punto de comparación. Veinte años después bajó sólo a 65%, llegando por debajo de 60% a principios de siglo. Por lo tanto el desarrollo manufacturero fue acompañado por la formación de un nuevo y muy desigual proletariado para el cual la palabra

"obrero" reflejaba la característica específica del desarrollo económico italiano, donde la producción de tipo artesanal o semi-artesanal, con una fuerte presencia del trabajo doméstico, continuaba dominando. En la categoría de los obreros se encontraban los oficiales de las viejas y nuevas industrias al lado de grupos recientemente formados como los ferroviarios o sectores artesanales donde aún quedaba pendiente su pertenencia a la nueva categoría obrera, a causa de las características dimensionales y productivas de la pequeña y micro empresa, como por ejemplo en gran parte del sector del vestido. Trabajadores y empresarios podían pertenecer al mismo arte y compartir el mismo oficio, pero cada vez más la separación entre dirección y manualidad entraba en contradicción con relación al respeto de los roles, las identidades y la colocación social.

La situación de los hábitos de consumo era un espejo todavía más evidente sobre el retraso del país y de los ritmos lentos de desarrollo. En el periodo liberal Italia conoció un sustancial estancamiento de los consumos individuales --que en algunas áreas y ciudades fue un verdadero desplome, por ejemplo en el caso de Nápoles-- mientras que los bienes de consumo totales crecían en línea con el aumento de la población. Fue solo al inicio del nuevo siglo cuando creció más el consumo, que en parte la Primera Guerra Mundial desaceleró y que sólo se recuperó hasta finales de la década de 1920. Aun así, durante la segunda mitad del siglo XX Italia era un país alimentado con cereales, legumbres, castañas y vino. Pocos elementos más se agregaban a una dieta en la cual las proteínas eran sustancialmente vegetales.

En los cincuenta años que transcurrieron de la Unidad a la Primera Guerra Mundial, las variaciones en términos de calorías promedio fueron totalmente irrelevantes y su límite en conjunto fue tal que hizo caer en el hambre a amplios sectores de la población en los momentos más difíciles, como sucedió en la crisis agraria. En 1880 Italia registró el consumo anual de carne más bajo: 11 kg en promedio contra 47 de la Gran Bretaña e Irlanda, 31 de Francia, 18.8 de Suecia, 18.2 de Prusia y 14.6 de España. El consumo de trigo en Italia, durante el mismo periodo, representó sólo la mitad del indicado para una buena alimentación y en las décadas sucesivas disminuyó obligando a elegir cereales de menor calidad nutritiva. La alimentación tenía una fuerte connotación social y solo en la mesa de los ricos se podía encontrar el pan de trigo y la pasta, así como la carne y el vino, mientras que en las familias más pobres la costumbre era consumir bellotas, mijo, cebada, centeno, polenta, legumbres, papas y castañas. Durante el periodo giolittiano se presentó un aumento muy relativo de los bienes de consumo (sobre todo de trigo y vino), relacionado con el aumento de los salarios y de la productividad en el sector agrícola, el aumento de las importaciones y el peso de las remesas de los emigrantes en especial. Los cambios sucedían sobre todo en las ciudades mientras que en el campo las condiciones continuaban siendo las mismas de los siglos precedentes. Aquí --donde los porcentajes de autoconsumo eran muy altos y donde vivía y trabajaba aproximadamente la mitad de la población italiana-- según una encuesta del Ministerio de Agricultura, Industria y Comercio de 1882 el peso de los consumos alimenticios fue de 93%, y con frecuencia no lograba alcanzar una alimentación que permitiera la subsistencia.

El despliegue incierto de las virtudes del trabajo

Fue durante las últimas décadas del siglo XIX cuando el trabajo industrial empezó a ser mostrado como un valor, y se asumía como tal sobre todo por los trabajadores más expertos, quienes tenían alguna experiencia y tradición artesanal. La puntualidad y la precisión empezaron a ser parte de la "normalidad" de la jornada laboral. Pero en un país que justo en esa fase histórica conocía los lentos ritmos y las contradicciones de un desarrollo en el que la primera y segunda revolución industrial coincidían, podemos plantearnos si la ética del trabajo representaba un valor, un factor de cohesión ideológica, inclusive un proyecto o un principio de organización para la naciente burguesía industrial o bien, por el contrario, un valor social general que sobre todo era útil para conservar y reproducir los equilibrios sociales al interior de una estructura económica y de un estado débiles.

Una respuesta tajante parece en sí misma ideológica. Es cierto que entre las primeras generaciones de emprendedores se afirmaba el rol estabilizador propio de la religión y del sistema de valores morales/moralistas que regulaban los comportamientos a través de la tensión filantrópica-paternalista. La lucha contra el ocio y la promoción de la asistencia entendida como caridad tenían un fuerte ascendente entre las clases campesinas y entre la reciente emigración urbana y fueron utilizados como instrumentos de una lucha contra el pauperismo, cuyo objetivo, sin embargo, era controlar a las clases peligrosas y mantener el *statu quo* social y económico. En suma, el trabajo aparecía como una virtud que permitía la emancipación moral y la integración en el nuevo Estado; el reflejo, en vez de la crítica, de las, "magníficas suertes y progresos" de un país y de una clase dirigente que raramente se consideraba en términos liberales y anglosajones como constructora de su propio destino sino, en todo caso, como portadora de una "primacía" que de alguna manera debía realizarse.

Hay algo más, naturalmente, y está representado por quienes interpretaban la nación como síntesis viva de las fuerzas productivas sociales, y que proponían una estrecha relación entre el desarrollo económico y la unificación política. Para Leone Carpi --diputado, periodista y profundo analista de la Italia postunitaria-- "el activismo y el laborismo ascienden en Italia al nivel de pedagogía nacional". O mejor aún, fueron los lineamientos de esa batalla directa los que "impusieron la reforma intelectual y moral de toda la sociedad" (Silvio Lanaro). En ese recorrido, la riqueza ya no es un instrumento de afirmación de una determinada *humanitas* sino un valor en sí misma, el mismo consumo se asume como objetivo del progreso, como valor en sí mismo: "El pueblo ama la libertad política y las instituciones liberales --escribe Carpi-- por la ventajas que de ella obtiene, por las que espera y por las que gradualmente obtiene: para él todo es cuestión de bienestar material." Pero para alcanzar dicho bienestar debía existir una Italia que trabajara y rechazara el "dulce ocio" que, en opinión de Carpi, se relacionaba con el sentir de dos terceras partes de los italianos a los que también correspondía un "amargo ocio", el de los que no encontraban trabajo y lo querían tener. De tal forma se acusa a la "aristocracia del dinero" que acumulaba sin invertir, ociosa e inútil a la que se debería contraponer una nueva clase dirigente formada por financieros-empresarios. El objetivo conjunto era un nuevo modelo de "democracia industrial" en la que el trabajo constituyera su fundamentación y único, real, agente de cambio de la sociedad.

Si bien es cierto que la Italia a la que se refería Carpi estaba muy lejos de formas de bienestar, con excepción de las elitistas, también es cierto que otro modelo de empresario se estaba afirmando lentamente, una aristocracia sobre todo en el sector de la lana y el algodón, que estudiaba y viajaba, consideraba la industrialización como progreso, veía en la religión el instrumento para limitar las tensiones y la brújula de la relación entre economía y ética, y finalmente consideraban una posible colaboración entre empresarios y obreros para el bien común. Fue una lectura nacional-corporativista que contó con una notable fortuna en la idea del desarrollo, del trabajo y de la afirmación de la nación entre las dos guerras. Pero de manera masiva se afirmaba una ética densa del ruralismo y del catolicismo, en la cual el trabajo era ante todo un deber moral, sacrificio y obediencia. De esa mezcla surgió un pragmatismo impregnado de valores morales, una traducción italiana del "ayúdate a ti mismo" (*selfhelp*) entendido como "imperio de la voluntad", y que se tradujo en una ética del éxito cuya base fue el productivismo. Los mismos títulos de mucha literatura, de intención moral y pedagógica, que aparecieron en esa época en Italia lo demuestran claramente: *Chi si aiuta Dio l'aiuta* (que traduce el *Selfhelp* de Samuel Smiles), *Considerazioni sull'ottenibile prosperità dell'Italia in sette letture ad istruzione del popolo* de Alessandro Rossi, *Volere é potere* de Michele Lessona, *Dell'ozio* de Carlo Lozzi, *Lavora non disperarti* de Thomas Carlyle (que se tradujo en una serie de fragmentos seleccionados), *Religione e lavoro* de Giacomo Zanella.

De manera paralela dos clásicos de la literatura infantil, *Cuore* de De Amicis y *Pinocchio* de Collodi, aunque veían hacia dos realidades muy diferentes (la Turín burguesa y la Toscana rural), advirtieron en el esfuerzo, la laboriosidad y su posible afirmación, el rescate y la integración social los elementos fundamentales de la nueva sociedad italiana. *Cuore* apareció en 1886. Si su principio pedagógico fue la efusión sentimental y su estructura coercitiva la sociedad bien ordenada y pacífica, el valor ético claro es la santidad del trabajo, como deber que en sí mismo es ya el premio (Scaraffia-Tobia). El estudio arduo era el instrumento esencial en la formación del carácter y lugar primario de identidad, como se mostraba en el trágico episodio de Robetti, quien salvaba a un compañero más pequeño pero caía bajo las ruedas de un carruaje y, aun gravemente herido, de inmediato pensó en su cuaderno, "símbolo sagrado y luminoso" de su ética. También el trabajo era una forma de redención, como en la historia de Precossi, hijo del herrero. Golpeado y humillado por su padre ebrio y holgazán, su empeño en el estudio lo hizo merecedor de una medalla y la premiación se convirtió en un momento en el que el padre, reencontrará el respeto a través de una nueva vida de trabajo y laboriosidad.

Por otra parte, no menos moderado y conservador aparecía --aún en sus aberturas-- el mundo que emergió del análisis de los estudiosos que se reconocían en una compleja matriz positivista y que atribuía al trabajo un valor progresivo y emancipador, pero siempre dentro del modelo social y político dominante. O bien el pensamiento católico, enmarcado sobre todo por la encíclica *Rerum Novarum* la cual subordinaba al trabajo a una ética superior e instrumentalmente funcional para la mediación social, en una lectura corporativa e interclasista, que excluyendo la dimensión vocacional y protestante del trabajo, se colocaba en un terreno de encuentro entre la propiedad y la reivindicación de su papel innovador y mediador (y al mismo tiempo ríguosamente conservador) que no por casualidad acercaría con particular interés el mundo de los campesinos al de las clases medias. Pero también era, en el marco del pensamiento católico, trabajo como esfuerzo, condena y rescate a la vez; ese trabajo que sigue el ritmo lento e inexorable del mundo campesino.

Pero si para los hombres la transición de los campos a las fábricas era una realidad, para las mujeres la cuestión aparecía parcialmente diferente. En 1849 en su cuento *La Nunziata*, el escritor Giulio Carcano pudo hablar de las mujeres obreras como víctimas del "demonio de la industrialización", destinadas a una degradación moral y material a la cual debía de contraponerse el modelo de la mujer campesina, sólidamente radicada en los valores religiosos y domésticos, la renovada Lucia manzoniana y eterna Penélope del campo. Cincuenta años después parecía cada vez menos posible contemplar ese mundo excluido de la visión del espacio de la fábrica --ya sea grande o pequeña-- y del espacio público del trabajo sin considerar la presencia de las mujeres. A pesar de que la opinión pública, no sólo masculina, continuaría preguntándose cómo conciliar, sin romper el equilibrio social y familiar, las virtudes civiles de la abnegación y del sacrificio femenino con las necesidades de sobrevivencia de las familias obreras.

De la ética del trabajo a la cultura del trabajo

Durante la transición entre el siglo XIX y el XX maduró el paso de una concepción de "moral del trabajo", inmersa en el acelerado desarrollo económico y la afirmación de una nueva clase dirigente industrial y de un proletariado de fábrica. Según las estadísticas, las encuestas y las comisiones parlamentarias, a la difundida necesidad de conocer el mundo laboral se sumaba la consideración de que podía ser un elemento de dignidad y promoción social, uniendo así cambio y conservación, al menos al interior de una lectura ya sea cristiana o socialista, que identificaba su valor como mediador social, y un significado de justicia y equidad. Pero en todo caso esto significaba que el trabajo se convertía en una fuente de legitimación social, económica e incluso política. Las clases productivas (industrial y proletaria) adquirían el derecho/deber de guiar al país.

En efecto, el viraje de la política giolittiana y la rápida industrialización italiana constituyeron un punto de referencia obligado inclusive bajo la perspectiva de la idea y de la ética de la producción y del trabajo. Durante dicha fase se afirmó un tipo de empresario (Falck, Olivetti, Agnelli), que a través de su formación universitaria, y un enfoque científico y tecnológico, se inclinaron a valorar una ética productiva, a evaluar su propia aceptación con base a su contribución con el progreso económico-social, a reconocer, dentro de ciertos límites, que el conflicto de intereses es connatural a la sociedad industrial (Musso). Fue el inicio de una "democracia industrial", un lento proceso de acercamiento y del potencial gobierno de los intereses del mundo del trabajo, el fenómeno que durante la primera postguerra, tuvo su fase de mayor intensidad y cuya ruina contribuyó a abrir las puertas al fascismo y a un modelo alternativo y autoritario. Que dicho periodo no fue, además, sólo un panorama de la parte más avanzada del empresario italiano lo mencionó en el análisis de la "Rivoluzione Liberale" su director Piero Gobetti y muchos de sus colaboradores, una revista que no sólo representó una de las voces más lúcidas del antifascismo sino que, en el tema aquí desarrollado, quiso representar la intersección entre la clase obrera y la clase empresarial: subrayaba la necesidad de encarnar los valores y los contenidos de la burguesía liberal y europea que reconocía en el trabajo un valor de emancipación, integración y fundación de una nueva forma de democracia industrial.

Pero no fue precisamente ese proyecto el que se afirmó, por el contrario el conflicto social con frecuencia se polarizó hacia otras vertientes. Pocos días antes de la marcha sobre Roma, y cuando existía la percepción de que las clases medias contaban con condiciones de vida y un estatus social alcanzado ya por los obreros en la Italia de la postguerra, uno de los más conocidos colaboradores de la "Rivoluzione Liberal", Giovanni Ansaldo, asistió como cronista a un tribunal por una pequeña causa por robo, donde el acusado era un obrero mecánico. Después de las declaraciones y el interrogatorio del Ministerio Público, el juez se dirigió al acusado: "Entonces, en la época del robo, ¿cuál era su salario?", y el obrero le contestó que su salario era de cuarenta liras: "Cuarenta liras", replica el juez ácido. "Cuarenta liras... ¡Más que yo!". Y dirigiéndose al Ministerio Público, amargamente: "Más que usted". De esta manera el acusado recibió la pena más alta mientras que el cronista imaginaba los comentarios de quien se reconocía en la amarga reflexión del juez: los obreros podían comprarle a sus esposas las medias de seda, compraban sin problemas frutas y flores, en suma un acto de acusación que se condensaba en la frase "ganaba más que yo". El resultado, transferido a un plano más general, sólo pudo ser, en opinión de Ansaldo, una profunda hostilidad hacia la clase obrera que sería una de las principales causas de las simpatías de las clases medias urbanas por el fascismo. Pero su análisis fue más allá y no recondujo esa aversión hacia un indiferenciado "odio de clase" porque, con toda la buena voluntad, definir como una "clase" a la burguesía italiana le parecía un exceso.

La cuestión de las clases medias fue decisiva pues identificaba, en relación con el fascismo, una de las características más específicas de esa "autobiografía de la nación" que el movimiento mussoliniano representó y que a su vez en forma natural se reflejó en toda la historia precedente. En el escenario de la primer postguerra, la cuestión de las clases medias y su protagonismo fue un asunto primario que ahondó sus raíces en los procesos de expansión y ascenso social que entre finales del siglo XIX y la postguerra conocieron la sociedad y la economía italiana en términos de industrialización y de modernización, a lo largo de la línea de un cambio conjunto. El crecimiento cuantitativo de las clases medias (propietarios de tierras, comerciantes, artesanos o empleados) fue acompañado de una movilidad social hacia arriba e intergeneracional, en particular a través de una extendida escolarización, con la consecuencia de un aumento progresivo de quienes obtenían el certificado y el título profesional que, al no encontrar un mercado de trabajo capaz de integrarlos ofreciéndoles conjuntamente gratificaciones económicas y retóricas, los llevó a moverse y a buscar soluciones capaces de satisfacer su necesidad de ascenso. Sin embargo, a esas transformaciones no correspondió un proceso análogo de integración política porque el Estado liberal no fue capaz de promover una adhesión genérica al sistema de valores liberales ni de activar la participación política de esos grupos.

Las clases medias alimentaron por el contrario a las clases dirigentes de los partidos católicos, socialistas y sobre todo a la galaxia de los movimientos contestatarios al Estado liberal en sus diferentes articulaciones, formándose a la sombra de una desilusión y de una intolerancia frente a un clima que consideran cerrado y anti-heroico. La Primera Guerra Mundial fue una maestra y una oportunidad de protagonismo bajo esa perspectiva, de la cual el belicismo y el patriotismo fueron dos extraordinarios motores pero también eran los criterios para determinar quién debería encarnar aquellos valores (precisamente las clases que aspiran a convertirse en parte de ese mundo) y quién en cambio, según el horizonte ideal, sólo aprovechó el conflicto para hacer negocios o para obtener algunas ventajas en su posición (como los industriales y los obreros). Pero si esa distinción todavía no se configuraba con claridad en términos de clase, ni tuvo las características de una propensión natural hacia la reacción (que tomara o no los rasgos del fascismo), fue, sin embargo, muy útil para entender cómo el fascismo pudo encontrar entre las clases medias a los mayores partidos del proyecto corporativo.

El fascismo recompensó ampliamente el apoyo de las clases medias a través de una notable expansión del empleo público. Entre 1921 y 1936 los empleados públicos aumentaron de 490 000 a 650 000 pero vale la pena anotar cómo los empleados privados vivieron un aumento aún más consistente (de 160 000 a 340 000), signo de un desarrollo de la gran industria, de su racionalización, su burocratización, y de la creación de servicios y redes comerciales. Si el crecimiento de dichos sectores también fue el reflejo de un desarrollo cuantitativo y cualitativo del Estado y de la industria (entre las dos guerras, por ejemplo, las industrias mecánicas superaron en número a las textiles), también era signo de un complejo desequilibrio del mercado laboral en Italia, la imposibilidad de la gran empresa para absorber una mano de obra excesiva que produjo tanto un notable crecimiento de la microempresa (la artesanía se posicionó en un porcentaje de 6% de la población activa, estabilizándose por primera vez después de un declive de la industria doméstica), como una función de "esponja" por parte de los campos y de los sectores considerados "improductivos" como el comercio. Este último tal vez muestra los datos más significativos. En la totalidad del sector comercial los encargados pasaron de 1 139 000 de 1921 a 1 630 000 en 1938 pero las variaciones más significativas se relacionaban con los pequeños comerciantes minoristas para los cuales se contaron 611 000 en 1921 y 978 000 en 1938. Esto se acompañó con un excepcional aumento de los ambulantes que durante el mismo periodo pasaron de 47 000 a 226 000 empleados del sector. Fueron procesos fuertemente condicionados por la crisis económica, pero también por fenómenos típicos de Italia entre las dos guerras como el bloqueo de la emigración hacia el extranjero, el crecimiento de las diferencias regionales, la consistente disminución de la mano de obra femenina en el sector industrial (también debido a la crisis del sector textil), la decisión de utilizar a sectores económico-sociales --los comerciantes en primer lugar-- como elementos de estabilización social, a través de un mecanismo de marginalidad garantizada. En su conjunto entre 1921 y 1936 los activos en la agricultura disminuyeron sólo de 51.7 a 49.4%, los servicios aumentaron de 22 a 23.3%, la industria de 26.3 a 27.3%. En suma, el panorama de la población activa --a pesar de algunas transformaciones relevantes del sistema económico en términos de dimensión y de modernización-- entre las dos guerras sustancialmente permaneció estable.

Los bienes de consumo demostraban con mayor evidencia los elementos de retraso del mercado italiano --entre los muchos datos es suficiente recordar que todavía durante la década de 1930 la cuota de autoconsumo se podía calcular en alrededor de 30%-- si bien algunos aspectos parecen modificarse hacia una dirección positiva. Durante los años de la década de 1920, por ejemplo, los bienes de consumo privados totales aumentan 18% a medida que se ampliaba el espacio para los bienes de consumo secundarios y terciarios, por lo tanto también para una mayor comercialización de los productos (pero debe recordarse que los gastos para la alimentación continúan constituyendo en gran medida la mayor parte del gasto de los italianos). En los años treinta la tendencia de los bienes de consumo se volvió estacionaria, con caídas significativas, primero influenciadas por la crisis, posteriormente por la política autárquica y bélica del régimen. Estos datos por sí mismos claramente insuficientes, sin embargo eran indicadores de una política fascista específica en la distribución de los recursos. Sugieren que después de la prosperidad de la década de los veinte --fuertemente influenciada por las consecuencias de la reapertura de los mercados y por la liberación de los recursos económicos posterior a La Primera Guerra Mundial-- y

la coyuntura de la crisis, la recuperación que se observó en los índices industriales durante la segunda mitad de los años treinta fue gracias al incremento de los bienes de consumo público, no de los bienes de consumo privados (Stefano Zamagni).

La estabilidad social pudo ser garantizada parcialmente por el uso de la fuerza y por un moderado desarrollo económico, aunque las gratificaciones retóricas contaron con un espacio mayor, especialmente entre las clases medias. El corporativismo fascista revistió bajo este aspecto un papel central. El corporativismo se entendió como la síntesis dialéctica entre el liberalismo y el socialismo, que lo teóricos menos improvisados interpretaban como representaciones de problemas reales. Por lo tanto, el corporativismo no se presentó como simple alteridad, sino a manera de evolución y, al mismo tiempo, de negación de los modelos ideológicos más difundidos. La relación privada entre el capital y el trabajo asumió un valor publicista a través del instituto corporativo que, a su vez, al regirse por la autodisciplina de las categorías sociales, garantizaba la representación de los intereses privados.

En este círculo aparentemente virtuoso --donde lo público y lo privado se resolvían "autónomamente" en la unidad estatal-- el primer motor fue un imperativo ético, es decir el interés nacional. No podía ser de otra forma en un sistema conceptual de por sí antinómico, el cual, por ejemplo, a la vez que justificaba la conciliación por fuera del esquema de clase afirmaba la existencia del sindicalismo. Sin embargo, el cambio del *homo oeconomicus* al *homo corporativus* continuaba siendo una abstracción, que no era capaz de sacar las cuentas correctas con los procesos reales. Sin embargo, en la Italia de los años veinte y treinta --que empezó a emitir los primeros gemidos de una sociedad de masa, que proyectaba sus deseos más que nutrirse de hecho, que procedía por un camino de una controlada modernización de signo conservador-- no era obviamente la utopía gobettiana la que pudo representar el punto de referencia ideológico de los grupos sociales más identificados con el régimen, sino la utopía posible --como la definió Ugo Spirito, uno de los pensadores más controversiales del fascismo--, es decir la síntesis corporativa, capaz de producir un sistema verdaderamente armonioso, capaz de conciliar intereses objetivamente contrapuestos. Dicha armonía, de hecho imposible, necesitaba puntos de equilibrio que se podían identificar en las clases medias desde el punto de vista social, en la distribución desde el punto económico, en las corporaciones desde el punto de vista político que, al ser la dimensión por sí suprema, revistió la tarea ulterior de armonizar el sistema en su totalidad. Sin embargo, se comprendía cómo el frágil edificio corporativo lograba suscitar no poco interés entre las clases medias --y en especial entre los comerciantes que obtenían, al menos en su imaginario, la legitimación ideológica y política de su papel como probablemente nunca pensaron obtenerlo-- sintiéndose depositarios de la medianía, del justo medio, de la modernización que representaban la garantía de la armonía y del equilibrio.

La gran transformación y la ética del consumo

"Aquí frío, *smog* y monopolio. Qué tristeza", escribía Raniero Panzieri a una amiga en octubre de 1959, que sintetizaba su sentido de aislamiento y una especie de *topos* del imaginario colectivo de la época --y tal vez aún de hoy-- por lo que respecta a Turín. Exactamente un año antes apareció un cuento de Italo Calvino, *La nube de smog*, metáfora tanto del neocapitalismo y de la civilización de la industria como de una mediocridad interior de la cual el protagonista intentaba salir. ¿Dónde está el paso hacia una posible felicidad individual y colectiva? Las fachadas ennegrecidas de la Turín que describió Calvino, los vidrios opacos, los antepechos en los cuales era imposible apoyarse, se convirtieron en una cualidad de los objetos que pudieron ser interpretados por el protagonista como "sustancia de una miseria general" que unía tragedia y grandeza heroica. La conversión de ese mundo gris aparecía en forma de una carreta jalada por una mula, una carreta de dos ruedas cargada de costales. En realidad las carretas eran muchas y se detenían frente a los portones: "Empecé a notar que los días que veía las carretas estaba más alegre y esperanzado, y estos días siempre eran lunes: así me di cuenta de que los lunes son los días en que los lavaderos recorren la ciudad con sus carretas y entregan los hatos con la ropa limpia y se llevan la ropa sucia". El protagonista empezaba así a abrir un tiempo y una esperanza al gris homogéneo, descubría que existía el campo más allá de la ciudad, que no todo se había convertido en una máquina sino que todavía existían viejos manantiales, lavanderías a vapor, campos donde pasaban las mujeres que parecían estar en la vendimia.

La metáfora de Calvino permitía ver los intersticios en los cuales el impetuoso desarrollo del "milagro italiano" aparecía todo menos que uniforme. La imagen estereotipada de un avance para todos y en todos los aspectos --y que sin lugar a dudas contenía muchos elementos de verdad--, dejó el lugar a un panorama más complejo y variado. No se trataba solo de una sustitución lenta sino progresiva de objetos y de usos, pero también de diferencias sociales y territoriales que constituían a la vez características de la historia de Italia y especificidades de ese modelo de desarrollo. Bajo este aspecto se debe retomar al menos dos cuestiones. La primera era que Italia partió, en la persecución de los bienes de consumo, desde un nivel muy bajo respecto a los otros países industrializados. Al final del "milagro italiano" resaltaban muchos sectores que estaban por debajo de los estándares europeos. La segunda cuestión estaba relacionada con el hecho de que precisamente el bajo punto de partida hacía muy importante la "posibilidad" de contar con ese acceso a los bienes de consumo, y que era tan importante como su acceso efectivo (Crainz). En 1953 sólo 14 de 100 familias poseían un refrigerador, 4 tenían una lavadora en casa, obviamente ninguno tenía una televisión. Diez años después 55 de 100 familias tuvieron un refrigerador y lavadora, 23 lavadora y 55 una televisión. En 1991, 94% tuvo refrigerador y lavadora, estadísticamente todas las familias tenían al menos una televisión. Los automóviles que eran 9 por cada mil habitantes en 1951, fueron 200 en 1971. Eran números que indicaban un desarrollo impetuoso, no privado de viscosidad y de contradicciones. Si en 1951, por ejemplo, la cuota de los bienes de consumo privado destinados a la alimentación llegó a 47%, al inicio de la década los sesenta descendió sólo a 42.9%. Una recuperación de cuatro puntos fue claramente significativa --sobre todo si se observaba la composición interna de los bienes de consumo, que aparecía decisivamente más "moderna" como mejoramiento dialéctico-- pero evidenciaba un retraso si se le comparaba con el 34.6% inglés, el 31.6% belga, el 32.9% francés y el 30.3% alemán. No menos compleja era la realidad urbana del norte industrial que conocía, en la época, el impetuoso desplazamiento de la población, especialmente de la zona meridional, en busca de trabajo y bienestar. Sin embargo, mientras los campesinos del norte y del Centro se trasladan del campo a la ciudad en su mayoría en la misma región o en áreas limítrofes, para los campesinos del sur la emigración se configuraba como un cambio de época. En su totalidad, de cualquier forma, la distribución geográfica de los italianos conoció, entre la mitad de los años cincuenta y el final de la década sucesiva, una mutación radical: más de nueve millones de personas involucradas en migraciones interregionales, al interior de una fase de profundo cambio económico y social que ampliaba no sólo el horizonte geográfico sino también, y sobre todo, el del consumo y movilidad social. Durante los años de "milagro económico" casi un millón de personas cambió su lugar de residencia de las regiones del sur hacia las del norte,

contribuyendo a un crecimiento de la población de las grandes ciudades industriales que mutó su composición, influyendo profundamente en la estructura urbana, en las culturas y en las tradiciones.

Todavía a principios de los años cincuenta "la parsimonia, el ahorro, un tono de vida en conjunto modesto --incluso entre los ricos-- formaban un sistema de virtudes plenamente integrado en la ética del trabajo, una arquitectura moral destinada muy pronto a desarticularse y, en parte, a disolverse" (Remo Bodei). En esa república fundada en el trabajo, es decir el de una ciudadanía que el trabajo legitimaba y reforzaba cotidianamente, que reconocía en la productividad la idea misma de emancipación posible; el viraje de los años sesenta del "milagro", condujo a un progresivo eclipse, por lo menos en términos éticos, de aquella identidad que fue erosionada después de alcanzar su cima por el aumento del trabajo dependiente, de la contracción de la gran fábrica, de la progresiva sustitución del trabajo manual con las máquinas, del aumento del tiempo libre y de la paralela contradicción del tiempo dedicado a formarse para el trabajo (gracias al aumento de la escolarización), el recorte del tiempo de vida dedicado a él (la anticipación de la jubilación), y del trabajo en sí mismo como razón y proyecto de las movilizaciones colectivas.

El paso de la ética de la producción a la ética del consumo --que se realizó entre la década de los setenta y la de los ochenta del siglo XX-- se configuró como la afirmación de un "individualismo de masa" con el cual el mejoramiento extraordinario de las condiciones de la población en Occidente, y en Italia en particular, haría perder al trabajo su tradicional nobleza y tendió a mostrarse como una desagradable necesidad (Remo Bodei). Por lo tanto, la transición de la ética de la producción a la ética del consumo se configuró como la afirmación de la libre expresión del individuo y de su placer. Fue un proceso que ahondaba sus razones teóricas en una larga tradición --pero sobre todo en la afirmación de que, especialmente en las sociedades ampliadas, el estatus también pasaba a través de la ostentación del ocio y del consumo vistoso-- y que tuvo su propia caracterización en Italia con el milagro económico donde los objetos y las prácticas de la modernización y de la transformación de los bienes de consumo se afirmaron desde abajo a través de una multiplicidad de canales, entre los cuales fue fundamental la aparición de los supermercados, pues pertenecían a las formas no llamativas y cotidianas de mensajes: símbolo de un mejor futuro en cuanto tiempo libre, la calidad higiénica de los productos, rapidez e igualdad; o bien el símbolo de un futuro tecnológico y despersonalizador.

Una vez más Calvino viene en nuestra ayuda: "A las seis de la tarde la ciudad caía en manos de los 'consumidores' ", así inicia el cuento *Marcovaldo en el supermercado*. El fondo era la ciudad industrial donde todo el día se producían los bienes de consumo. Una población que, al terminar el turno de trabajo, cambiaba de improviso de ropa y asumía el rostro de una ininterrumpida, impaciente, tumultuosa masa de individuos dedicados a elegir objetos y hurgar en los monederos: "¡Gastados! y tocaban las mercancías y las volvían a poner en su lugar y las volvía a tomar y las arrebataban de las manos; ¡gastados! Y obligaban a las pálidas empleadas a extender sobre el mostrador blancos y blancos; ¡gastados!". El supermercado es un *selfservice*, los blancos y las cajas constituyen para Marcovaldo y para su familia los confines de un mundo maravilloso pero inaccesible, punto de llegada de un posible bienestar, pero también --de alguna manera-- lugar de una posible corrupción de la dimensión natural del hombre. Pero más allá de todo, el viaje de Marcovaldo en el supermercado encontraba otro aspecto extremadamente relevante, es decir, nos cuenta que junto a los objetos de deseo también se modificaban los lugares de consumo, en forma no lineal pero sí significativa. Sin embargo, Marcovaldo anticipó una realidad que se estaba moviendo muy lentamente. En 1962 en Italia existían 96 supermercados, que en 1965 llegaban a 193, para alcanzar la cifra de 607 en 1971. Era un desarrollo acelerado --y que en los años sucesivos proseguirá con ritmos aún más sostenidos, pero casi exclusivamente concentrado en el norte-- también respecto a los demás países europeos. Si por una parte no debemos olvidar que el punto de partida de Italia era sumamente retrasado, por otra parte vale la pena notar que el crecimiento numérico no correspondía al de las ventas que en 1962 era equivalente sólo a 2.8% de los consumos comercializados.

El consumo no eliminó el trabajo, que durante los treinta años sucesivos a la Segunda Guerra Mundial sufrió una profunda transformación. Es suficiente ver la tasa de la población activa entre 1951 y 1971: 17.2% en la agricultura, 44.4% en la industria, 38.4% en los servicios. Fue un transvase epocal para Italia, se trataba de millones de personas que cambiaron de trabajo y con frecuencia de residencia (cinco millones de los trabajadores de la agricultura abandonaron dicha actividad). El mundo del trabajo tendió a segmentarse en tres líneas: un grupo, el de los trabajadores de la industria, estables, protegidos a nivel legislativo, cada vez más homogéneos en edad, retribución y condiciones de trabajo, con una pérdida política en aumento; otro grupo compuesto por la fuerza laboral periférica, con ocupaciones precarias o estacionales, relacionadas en su mayoría con la artesanía; el tercer grupo, el del terciario público, también en crecimiento debido al desarrollo del Estado, del sector paraestatal pero también relacionado con la construcción de políticas de consenso. Este último sector fue una de las razones --junto con la fallida modernización del sector-- del aumento exponencial de los comerciantes durante esa época, mientras paralelamente emergía uno de los fenómenos más significativo en el nivel productivo, el de la "Terza Italia", es decir del noreste y del centro en contraposición con el norte como lugar del desarrollo industrial, y con un carácter europeo, y al Sur como área de la no industrialización. En la década de los sesenta la gran industria fue sensible a la caída de las ganancias y al estatismo de la ocupación, y en cambio fue una década de expansión para la pequeña y mediana empresa. Contribuyeron en este desarrollo los procesos de descentralización realizados por las grandes empresas, el menor costo del trabajo, la más baja conflictividad social o, en cualquier forma, la posibilidad de administrarla en una forma "sumergida", la flexibilidad estructural frente a un mercado en mutación, la aportación de trabajadores irregulares, la misma reforma fiscal. Un peso ciertamente no menor en la expansión del micro-empresariado lo tuvieron las tradiciones locales de algunas áreas regionales de la que fue definida como la "Terza Italia", en particular la presencia de un tejido de solidaridad social y de instituciones políticas que sustituyeron --en términos antropológicos y económicos-- sociales-- la ausencia de estructuras organizativas típicas de la gran empresa. Un proceso, claramente, no alternativo sino de integración respecto a la gran empresa, es más, que favoreció la racionalización del desarrollo.

Epílogo

El éxito de los distritos industriales, por otra parte, fue una característica de la transformación de la industria en Occidente y de la respuesta a las crisis económicas, y donde la disminución del crecimiento de los lugares de trabajo correspondió a la abertura de fallas cada vez más grandes en el sistema de *welfare state*. Restructuración y descentralización se movieron paralelamente a la crisis del trabajo

industrial como fuerte elemento de identidad individual y colectiva. Después de la "heterogeneidad" del trabajo durante el siglo XIX, hecha de inestabilidad, precariedad y fluctuación entre los oficios; después de la "uniformidad" del siglo XX inducida por el taylorismo-fordismo, marcada por la estandarización y por las sólidas identidades; se abrió una fase de "diversificación" donde la variabilidad de los mercados y la globalización no intervinieron solo en las características de los contratos sino en el perfil y en el contenido mismo del trabajo y de su significado (Accornero). "El trabajo ya no es verdad para los hombres / precisamente porque los hombres ya no son / verdaderos para aquello que es la verdad del trabajo", escribe atrás de una carpeta --la cual contenía el plan de reorganización empresarial-- Bruto Saraccini, el protagonista de la novela de Paolo Volponi *Le mosche del capitale*, suplemento poético que narra "la desarticulación informática del obrero", la victoria del capitalismo financiero con la creación de un trabajo cada vez más precario y flexible, y en el cual el "devoto dirigente", heredero de Olivetti, "atento al diálogo con los trabajadores, literalmente ya no existe más en ese espacio de la empresa". Especular es el destino de Tecraso, obrero despedido y que roza el terrorismo y la rebelión, que ve desaparecer su identidad mientras que su mundo lo expele. Sin embargo el final del trabajo también es el final de la literatura: "La narración... es el mostrador del supermercado".

* Universidad de Turín.

Tags:

[Expediente H](#)

[Ética](#)

[trabajo](#)

[cohesión](#)

[industrialización](#)